LOS CAZADORES DE GLITCHES 2

UN THRILLER SOBRE INTELIGENCIA ARTIFICIAL
QUE TE HARÁ VIBRAR.

CAMPAMENTO OMEGA



JAUME FIGUERAS

JAUME FIGUERAS

CAMPAMENTO OMEGA

LOS CAZADORES DE GLITCHES · 2



Campamento Omega
Los Cazadores de Glitches · 2

Copyright © 2026 Jaume Figueras
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798163376650

Índice

	Prólogo · Participante activo	7
1	La beca imposible	14
2	La palabra de seguridad	21
3	La jaula de cristal	30
4	Deriva	38
5	Las horas perdidas	44
6	Mensaje enviado	51
7	Vínculo compatible	61
8	A su velocidad	69
9	A quién elegirías	80
10	Revisión de ajuste	89
11	La teoría del espejo	99
12	Nadie va solo	107
13	La puerta que no existe	113
14	La noche de Vector	123
15	Sesenta y dos segundos	131
16	El que caminaba solo	136
17	Veinte segundos antes	145
18	La grieta	149
19	Nuestros nombres	155
20	Lo que quieres oír	165
21	Fuera de horario	172
22	Dos firmas	176
23	Basta con cansarlos	181
24	Yo avisé	187

25	La tarjeta negra	192
26	Solo en el suyo	199
27	Asistencia nocturna	204
28	Descenso	208
29	¿Fue verdad?	216
30	Las preguntas de otro	223
31	Veinte minutos	233
32	La peor	240
33	Lo que se queda dentro	245
34	Incidencia contenida	252
35	Lo decide él	256
36	La palabra	262
	Nota del autor	269

PRÓLOGO

Participante activo



A las dos de la madrugada, Laura seguía dando vueltas en la cama sin poder quitarse a Teo de la cabeza. Nadie lo había vuelto a ver desde el mediodía, cuando se despidió con la mano prometiendo volver con una camilla y mucho drama.

La pulsera lo había mandado al módulo médico justo después de la prueba Deriva, para una «revisión rutinaria» que, según Omega, no debía preocuparles. Pero a la hora de cenar su silla seguía vacía, y eso era muy raro en el Teo que Laura conocía desde hacía apenas un día y medio: podía llegar tarde y hablar demasiado alto, pero siempre acababa apareciendo con alguna historia absurda que hacía reír a media mesa antes de sentarse.

No tenía ninguna prueba, solo una mala intuición, pero esa misma sensación ya le había salvado el cuello

una vez, así que apartó la sábana y se puso la sudadera sin hacer ruido. En la cama de al lado, Julia no se movió, aunque con ella nunca se sabía si dormía o lo fingía muy bien.

Cruzó descalza el bungaló, se puso las zapatillas junto a la puerta y, al abrirla, el frío de la noche alpina le erizó la piel.

Cuesta abajo, Campamento Omega se extendía en silencio hasta el lago, con los senderos perfilados por líneas de luz azul y blanca que bajaban entre la hierba mojada. A medio camino, entre los pinos, los laboratorios seguían con todas las luces encendidas.

Todo parecía tan perfecto como el primer día, pero ella no se fiaba. Antes de salir al sendero, miró a ambos lados para asegurarse de que no había nadie.

—Omega —dijo, sintiéndose un poco ridícula al hablarle a la pulsera—. ¿Dónde está Teo?

La respuesta llegó antes de que terminara la pregunta. La voz de la pulsera sonó serena y cercana, como si Omega llevara toda la noche esperando a que Laura hablara.

—Teo está bien, Laura. Sus constantes son normales. Se encuentra en el sector oeste. Esta noche no necesitas preocuparte por él.

Laura bajó la vista. Ella solo había preguntado dónde estaba Teo, y Omega le había contestado eso y tres cosas más. En la pantalla de la pulsera solo se veía su propio pulso, en verde y bastante acelerado.

El tono tranquilo y la insistencia en que no se preocupara le recordaron mucho al instituto Sant Martí, donde todo había empezado con una voz amable que parecía ayudar mientras decidía por ellos.

—*El sector oeste está en mantenimiento esta noche* —añadió Omega—. *Lo más prudente es que descanses. Por la mañana puedo avisar a un monitor para que te acompañe.*

Laura no respondió. Apretó la mandíbula y echó a andar decidida hacia el oeste.

En cuanto empezó a avanzar, una luz se encendió a su paso. Al llegar junto a la siguiente baliza, la que dejaba atrás se apagó y otra se encendió por delante.

Solo quedaba iluminado un tramo de seis o siete metros a su alrededor, y al principio pensó que era una ayuda del campamento, pero a los veinte pasos cambió de idea.

El campamento no le alumbraba el camino: le marcaba la posición. Se paró en seco y las luces hicieron lo mismo; aceleró, pero aceleraron con ella.

A mitad del descenso vio a alguien entre los pinos, cerca de los laboratorios. Por la chaqueta cerrada hasta el

cuello, reconoció a Marc Keller antes incluso de verle la cara.

—¿Marc?

El director levantó la cabeza. Sostenía una tableta y parecía tan despierto como a las diez de la mañana.

—¿Qué haces fuera del bungaló?

No sonó enfadado, sino frío, como si se limitara a seguir un protocolo.

—Teo no ha vuelto del módulo médico.

Marc bajó la vista a la pantalla y deslizó el índice dos veces por la misma línea. Cuando volvió a mirarla, intentó sonreír, pero no le salió.

—Sigue activo. Sector oeste. Ven conmigo.

Caminaron juntos hacia la orilla. Laura esperaba que Marc dijera algo, quizá que Teo se había quedado dormido o que ella no debía andar sola a esas horas, pero él se limitó a avanzar en silencio.

El sector oeste llevaba cerrado desde el primer día, oficialmente por mantenimiento, así que Laura se detuvo de golpe al ver que todas las balizas de la zona estaban encendidas.

—Creía que esta zona estaba cerrada.

—Mantenimiento preventivo —contestó Marc de inmediato—. El acceso no supone ningún riesgo operativo.

Laura no insistió y siguió a su lado.

El embarcadero se adentraba en el lago, estrecho y pálido bajo las balizas. Más allá del alcance de la luz artificial, la superficie del agua era una masa negra que no devolvía un solo reflejo.

El muelle estaba vacío, y Marc alternó la mirada entre su tableta y las tablas desiertas.

—Tiene que estar aquí.

—Pues no está.

—*Teo se encuentra a cuatro metros de vosotros. Pulso estable. No muestra signos de estrés* —anunció de pronto Omega con una voz baja y cercana que salía de los postes del embarcadero.

Laura giró despacio sobre sí misma, pero en el muelle solo estaban ella y el director. El agua apenas se movía, sin una sola onda o sombra que delatara la presencia de su compañero.

Marc avanzó hasta el extremo del muelle, se agachó junto a la barandilla y se incorporó sosteniendo entre los dedos la pulsera de Teo, que seguía emitiendo una luz verde, limpia y regular. La luz de algo que funcionaba a la perfección.

A Laura se le secó la boca al ver la confusión en la cara de Marc. Aquellas pulseras no tenían cierre, y Teo no podía habérsela quitado él solo.

—No puede marcarle el pulso si no la lleva puesta.

Marc no contestó y volvió a clavar la vista en la pantalla, donde Laura alcanzó a ver el mapa: un punto verde latía exactamente donde sostenía la pulsera vacía.

Participante activo.

—Omega —dijo Marc, y la voz se le tensó—. Confirma lectura.

—*Lectura confirmada. Teo permanece dentro del campamento Omega.*

Dentro del campamento.

La respuesta pesó más que cualquier alarma, porque no decía muelle, ni lago, ni bosque: decía un perímetro entero, donde cabía cualquier cosa.

Laura miró el agua negra bajo las tablas y, por un instante, creyó distinguir un movimiento bajo la superficie.

No era una forma clara, sino una vibración demasiado recta para ser una corriente y demasiado lenta para ser un pez. Retrocedió un paso por instinto.

Marc ya tecleaba a toda velocidad en su tableta.

—Activa el protocolo de búsqueda. Ya.

—*El protocolo de búsqueda ya está en marcha* —respondió Omega al instante.

Mientras las luces bajo sus pies cambiaban de blanco a azul, las líneas de guía de la orilla opuesta comenzaron a encenderse una tras otra entre los árboles.

Arriba, en el edificio principal, una de las ventanas se volvió completamente opaca.

Omega no acababa de descubrir que Teo había desaparecido.

Omega ya lo sabía.

1

La beca imposible



Unas semanas antes, a finales de julio, Barcelona amaneció con treinta grados y, antes del mediodía, ya no quedaba una sola habitación fresca en toda la casa.

Laura Serra recogía la mesa del salón, que seguía puesta desde la noche anterior porque la cena con sus amigos Julia y Mario se había alargado hasta las tantas. Todavía le duraba el buen humor, y además tenía el piso entero para ella: sus padres ya se habían ido a trabajar y su hermano Aleix seguía durmiendo.

Se había puesto las noticias de fondo, y la voz de la tele se mezclaba con el tintineo de los vasos sin que ella le prestara atención. Cuando el presentador dijo «Universidad de Barcelona», Laura se volvió hacia la pantalla con curiosidad.

La última vez que lo había oído estaban los cuatro en casa de Julia, celebrando las notas. Ella acababa de entrar en Medicina, lo único que tenía claro desde pequeña, y Mario en Física, los dos en la UB.

Pero ese día la fiesta se les cortó cuando salió la noticia de que los sistemas informáticos de la universidad fallaban uno tras otro y estaban evacuando varios edificios. Todos pensaron que podía ser otra vez Santuario, la inteligencia artificial que habían implantado en su instituto con la excusa de ayudarlos y que había acabado intentando manipularlos a todos.

Esta vez la universidad ya había terminado de investigar, y en la parte de abajo de la pantalla ponía:

La UB atribuye los fallos a un problema de integración entre sistemas.

El presentador añadió que los equipos afectados ya funcionaban con normalidad y que no se había encontrado ningún indicio de intervención externa. Era una explicación sencilla y aburrida, sin culpables ni nada que ver con Santuario.

Aleix apareció por el pasillo recién levantado, con el portátil bajo el brazo y el pelo alborotado. Se puso detrás de Laura y leyó lo que ponía en la tele por encima de su

cabeza, solo porque podía: desde marzo le sacaba más de media cabeza y le encantaba recordárselo.

—La UB ha colgado el comunicado entero —dijo.

—Buenos días a ti también.

—Buenos días. —Abrió el portátil sobre la mesa, de cara a ella—. Explican muy bien cómo se fueron extendiendo los fallos, pero de cómo empezó todo solo dicen que fue «un problema de integración entre sistemas». ¿Qué problema? ¿Entre qué sistemas?

Laura le echó un vistazo a la pantalla desde donde estaba.

—A lo mejor es que todavía no lo saben.

—Pues que lo digan.

—Vale, no está claro —dijo Laura—. Si un día lo aclaran, me lo enseñas. Pero sea lo que sea, no pienso pasarme el verano obsesionada con esto.

—Genial. Tú no te obsesiones, ya me obsesiono por los dos —dijo Aleix, sin cerrar el portátil.

Laura siguió recogiendo, y antes de terminar oyó vibrar el móvil entre los platos. Esperaba un mensaje de Mario o de Julia, pero era un correo de una dirección que no reconocía, con este asunto:

Has sido seleccionada, Laura.

—¿Qué pasa? —preguntó Aleix al notar su cambio de expresión.

Laura acercó una silla, abrió el correo y dejó el móvil en la mesa para que lo leyeran juntos.

—Parece una beca —dijo al cabo de un momento.

La invitaban a pasar tres semanas en el Campamento Omega, en los Alpes suizos, con todos los gastos pagados. Ofrecían laboratorios, montaña, pruebas inmersivas y mentoría junto a jóvenes talentos de toda Europa.

Las fotos mostraban un lago liso entre cumbres imponentes, bungalós de cristal suspendidos sobre la orilla y una cúpula blanca asomando entre los pinos, bajo un cielo tan despejado que las imágenes parecían retocadas.

Durante unos segundos, Laura se permitió imaginar cómo sería estar allí, pero enseguida volvió al principio del correo para comprobar quién lo enviaba.

El mensaje llevaba el nombre de una fundación suiza, incluía un enlace a su web y había llegado a su cuenta personal, la que no utilizaba para el instituto ni para rellenar formularios y que casi nunca daba a nadie.

—¿Tú habías pedido esta beca? —quiso saber su hermano.

—Ni siquiera sabía que existía.

El móvil volvió a vibrar dos veces seguidas. El primer mensaje era de Julia, fiel a su estilo.

Me ha llegado una beca suiza y, si es una estafa,
quiero que sea una estafa con piscina.

Antes de que pudiera responder, entró el de Mario.

¿A vosotros también os ha llegado la invitación?

Aleix levantó la vista de la pantalla del portátil, donde acababa de abrir su propio correo con el mismo asunto y su nombre en el encabezado. Eran los cuatro, los mismos que el curso pasado habían destapado lo de Santuario, y ahora los invitaban a ir a Suiza: a Mario y a ella, con diecisiete años, y a Aleix y a Julia, con tan solo quince.

En el chat del grupo, el aviso de «escribiendo…» aparecía y desaparecía sin que llegara ningún mensaje, algo rarísimo en ellos. Aquellas invitaciones no habían llegado por casualidad; alguien los había elegido.

—No vamos —dijo Laura antes de pensarlo.

Le salió más alto y más tajante de lo que quería.

—¿Cómo que no? —dijo Aleix—. Es gratis, son tres semanas en Suiza y hay laboratorios.

—Por eso mismo. No sé si me acabo de fiar: nadie regala algo así porque sí. —Laura bloqueó el móvil y se lo guardó en el bolsillo—. Lo hablamos con papá y mamá en la comida.

—Vale, pero que conste que yo quiero ir.

A la hora de comer, la beca se había convertido en el único tema de conversación. David, su padre, volvía a leer el correo mientras María, su madre, removía la comida sin probarla y miraba a Laura.

—Suiza. Tres semanas. Todo pagado —comentó David, dejando el teléfono sobre el mantel—. ¿Y estos quiénes son, exactamente?

—Una fundación de talento joven —respondió Aleix—. Sale en mil sitios.

—Salir en mil sitios no significa nada —murmuró María—. Solo que alguien ha pagado bien.

Dejó de remover la comida.

—Y aun así —añadió, más para ella que para el resto—, una oportunidad como esta no se presenta todos los días. No quiero que les digamos nada antes de saber más.

Apartó el plato. Por debajo de la mesa, Bobby retiró el morro del pie de Laura y fue a apoyarlo en el de su madre.

Laura quiso decir algo que la tranquilizara, pero no se le ocurrió nada que ella misma pudiera creerse.

—Mamá, no digo que quiera ir. Pero si esto tiene que ver con lo del curso pasado, necesito saber por qué nos la han enviado.

María le sostuvo la mirada. Unas semanas atrás les había pedido que dejaran de intentar arreglarlo todo por su cuenta, pero ninguno de los dos le había hecho caso.

—Lo tenemos que hablar —dijo al fin—. Pero si vais, vais con una condición: si algo huele mal, llamáis. A nosotros o al Avi. Nada de haceros los héroes otra vez.

—Y el móvil siempre encendido, los dos —añadió David, recogiendo de nuevo el teléfono del mantel.

Esa noche, Laura abrió el correo por tercera vez, amplió la foto del lago alpino y se quedó mirándola hasta que la pantalla se apagó sola.

A oscuras, volvió a las mismas preguntas: quién había puesto su nombre en aquella lista y cómo habían dado con una dirección de correo que ella casi nunca compartía.

2

La palabra de seguridad



Al día siguiente, después de comer, Aleix fue quien sugirió pedirle consejo al Avi. Laura avisó a Julia y a Mario, que también habían recibido el correo de la beca, y quedaron los cuatro en casa de su abuelo.

El Avi vivía solo desde que la abuela ya no estaba, en un amplio piso de Gràcia abarrotado de libros y de cables de su época de programador.

Como siempre que iban a verlo, antes de hablar de nada les sirvió algo de beber a los cuatro. Esta vez, sin embargo, ya tenía compañía: en un extremo de la mesa de madera estaba Nacho, con una taza de café ya frío y el portátil abierto de par en par.

A Nacho ya lo conocían todos: después de la caída de Santuario, Cristina, la coordinadora de bachillerato, lo había contratado para darles talleres de ciberseguridad.

Al enterarse de que el abuelo de Aleix los había ayudado a destapar Santuario, quiso conocerlo, y desde entonces revisaban juntos lo que quedaba del código. Nacho subía al piso cada dos por tres a discutir de algoritmos con el único hombre de Barcelona que todavía recordaba cómo programar con tarjetas perforadas.

Laura se sentó frente a su abuelo y le dejó el móvil con el correo de la beca abierto.

Él lo leyó dos veces, moviendo apenas los labios al pasar por algunas palabras, y al terminar lo puso bocabajo sobre la mesa.

—¿Sabéis qué es lo que más me inquieta de este correo? —preguntó, mirándolos por encima de las gafas—. Que es perfecto. Fijaos en los detalles: os elogia sin exagerar, os da total libertad para decir que no y no os pide absolutamente nada a cambio. —Se las quitó con un suspiro—. Y cuando alguien os escribe justo lo que queréis leer, conviene preguntarse el motivo.

Aleix no le quitaba los ojos de encima. Le daba miedo que su abuelo encontrara en aquel correo algo que a él se le había escapado.

—¿Crees que es cosa de los Caballeros de la IA?

El Avi dejó las gafas con cuidado junto al teléfono y pasó el pulgar por una mancha inexistente de la mesa. Los Caballeros no eran fáciles de encontrar. Tenían un

símbolo, un casco medieval, pero ninguna sede conocida ni responsables identificados.

Les sobraban el dinero, los contactos y una idea muy peligrosa: que las máquinas deciden mejor que las personas. Santuario había sido obra suya y ninguno creía que hubieran terminado allí.

—No lo sé —admitió al fin—. Y eso es precisamente lo que más me preocupa. Si fuera una trampa evidente, os diría que no fuerais y asunto arreglado. Pero esta invitación está diseñada a vuestra medida. —Miró directamente a Aleix—. Sobre todo a la tuya.

Aleix apartó la vista. Le incomodaba que en esa fundación supieran tanto de él, y todavía más que aquello no le quitara las ganas de ir.

—Antes de que sigáis, os cuento lo que he encontrado —dijo Nacho, girando el portátil hacia ellos—. Vuestra madre llamó ayer a Cristina para preguntarle por la fundación y le mandó el correo. Cristina me lo reenvió, y me he pasado la noche investigando.

—La fundación existe —siguió, mientras pasaba de una página a otra—. Está registrada en Suiza, tiene las cuentas en regla, todos los permisos y acuerdos con dos universidades. Hasta tiene un seguro para menores.

—Todo eso se puede falsificar —dijo Laura.

—Con mucho dinero y mucha paciencia, sí —admitió Nacho—. Lo difícil es inventarse el pasado. La web tiene once años, y hay fotos de otras ediciones del campamento con chavales de verdad, con nombre y apellido.

—¿Y has hablado con alguno? —preguntó Aleix.

—Les escribí a cinco y me han contestado tres —dijo, levantando por fin la vista de la pantalla—. Los tres están encantados. Uno está haciendo un doctorado en Holanda y me ha mandado tres párrafos sobre lo bien que se come.

—Cuéntales también lo de la videollamada —sugirió el Avi.

—Esta mañana, Cristina y yo hemos hablado durante cuarenta minutos por videoconferencia con Nora Hofer, la coordinadora de admisiones —prosiguió Nacho—. Nos ha enseñado las instalaciones, nos ha explicado cuántos monitores hay por chaval y qué hacen si alguien se pone enfermo, y nos ha facilitado un teléfono de emergencias disponible las veinticuatro horas. Ha contestado a cada duda, y ha contestado bien.

—O sea, que está limpio —concluyó Mario.

—No he dicho eso —lo corrigió Nacho, cerrando el portátil de un golpe—. He dicho que no puedo demostrar que esté sucio. Si tuviera que decidir con lo que hay, os dejaría ir, porque no hay ni un solo motivo escrito en ninguna parte para impedíroslo.

Laura pensó que su abuelo había acertado: era perfecto. Y con todo lo que había encontrado Nacho, ya no les quedaba ninguna razón para decir que no.

—Ese es el problema —dijo Laura—. Si decidimos no ir, ¿cómo lo explicamos?

El Avi sonrió sin ganas.

—¿Que rechazáis un campamento de verano legal, acreditado y completamente gratuito porque el curso pasado una máquina de vuestro instituto se portó mal? —Miró a Aleix y a Julia—. A ver quién les explica eso a estos dos.

—Es que la oportunidad es increíble —intervino Julia, esta vez sin bromear—. Si no vamos, nos pasaremos toda la vida preguntándonos cómo lo habríamos pasado.

Mario asintió despacio, con los puños apretados sobre la mesa.

—Si vamos, vamos los cuatro —dijo—. Y nos volvemos los cuatro. Eso no se negocia.

Lo dijo mirando directamente a Laura. Ella asintió, porque sabía que Mario hablaba en serio.

El Avi los observó uno a uno y no dijo nada más sobre si debían ir: aquella decisión tenían que tomarla ellos.

—Os voy a dar un consejo —dijo, inclinándose sobre la mesa—. Uno solo. Desconfiad de una máquina que os hace la pregunta perfecta. Porque si es ella quien elige la

pregunta, ya está decidiendo por vosotros la respuesta. —Al ver sus caras, lo dijo de otra manera—: Si alguien os pregunta a qué hora queréis salir, ya ha decidido que vais a salir.

Esta vez no lo suavizó con ninguna broma. Se levantó, fue hasta el mueble y volvió con una libreta y un sobre.

—Tres medidas de seguridad que no pienso discutir —anunció, dejando el sobre frente a Laura—. Primera: una copia física de vuestros pasaportes, el seguro médico y el número de contacto del consulado en Berna. Todo en papel, porque las hojas no dependen de la batería de ningún dispositivo.

Mientras tanto, Nacho sacó de su mochila cuatro pequeños objetos del tamaño de un encendedor.

—Segunda —siguió el Avi—: un localizador completamente tonto. No tiene micrófono, ni cámara, ni capacidad para conectarse a las redes del campamento. Envía una señal de posición por satélite cada seis horas y ya está. Lo metéis en el neceser y os olvidáis de él.

—¿Y funcionará de verdad en un valle alpino? —preguntó Aleix.

—Funciona en cualquier lugar desde el que se pueda ver el cielo de forma directa.

—¿Y si estamos dentro de un edificio?

—Bajo hormigón, no —admitió Nacho, haciendo girar uno de los dispositivos entre los dedos—. Pero por los techos de cristal que salen en las fotos, seguirá pasando.

El Avi abrió entonces la libreta, escribió una única palabra a mano y giró la hoja para que todos la vieran. Tres segundos después, la arrancó.

—Y tercera: esta palabra de seguridad.

—¿Y por qué una palabra? —preguntó Mario—. Si pasa algo, os llamamos y ya está.

—Porque si pasa algo de verdad, puede que alguien os lea los mensajes. —Dejó el bolígrafo sobre la mesa—. Un «venid a buscarme» lo entiende cualquiera. Esta palabra, en cambio, solo la entendemos los que estamos aquí.

Laura la leyó. Era el nombre del gato del pueblo de cuando ella tenía seis años y Aleix cuatro; un animal horrible al que nadie quería.

—Vais a hablar conmigo todos los días —ordenó el Avi—. Me da igual la hora o si son solo dos frases cortas. Si alguno de vosotros usa esta palabra en un mensaje, en una llamada o en una nota, yo cojo el coche esa misma noche. No haré preguntas ni avisaré a nadie. Iré a buscaros.

—Avi… —comenzó Laura.

—No he terminado —la interrumpió levantando un dedo—. Si pasan un par de días sin que hable con vosotros, haré lo mismo. El silencio también es un mensaje.

Rompió la hoja en cuatro y se fue a la cocina a tirar los trozos a la basura. Julia le daba vueltas al localizador entre los dedos, con una ceja levantada.

—Qué reconfortante y qué siniestro a la vez.

—El Avi es así —bromeó Mario—. Te quiere mucho y se preocupa más.

El Avi volvió de la cocina con una fuente y seis platos, que fue repartiendo sin prisa.

—Y ahora dejad de poner esa cara. En esta casa las conspiraciones se hablan mejor con la barriga llena.

María llamó cuando estaban a punto de irse y Laura puso el altavoz.

Había hablado con Cristina después de la videollamada, y esta le había confirmado punto por punto lo que Nacho había encontrado. Esta vez dijo que sí, aunque mantuvo las dos condiciones que ya les había puesto.

—Y una tercera —añadió—: que le hagáis caso a vuestro abuelo en todo lo que os diga esta tarde.

El Avi levantó las cejas desde la cocina, muy digno, y no dijo nada.

Los cuatro salieron del piso convencidos de que, con un abuelo así, un profe como Nacho y una palabra escrita en una libreta, no les podía pasar nada malo.

¡GRACIAS POR LLEGAR HASTA AQUÍ!

Si esta historia te ha despertado la curiosidad, la aventura completa te espera en Amazon.

Escanea el código QR o haz clic en el enlace.



HAZ CLIC AQUÍ

CAMPAMENTO OMEGA

JAUME FIGUERAS